

Una puerta acodada en la Muralla Islámica de Murcia

ANA M.^a MUÑOZ AMILIBIA

Universidad de Murcia

La elección de un tema sobre la muralla islámica de Murcia en este homenaje que tributamos al Profesor Torres Fontes, era casi obligada por mi parte. Al incorporarme a la cátedra de Arqueología de esta Universidad en el verano de 1975, tomé contacto directo por primera vez con «la muralla». En solares en construcción en la calle Cánovas del Castillo o en la Puerta de Santa Eulalia excavada y conservada por Manuel Jorge Aragonese (1). Pero la necesidad de una documentación puntual me puso en contacto sobre todo con la valiosa introducción de Juan Torres Fontes a su edición de los Documentos de Alfonso X el Sabio referentes a la Historia de Murcia (2).

A partir de entonces, el Departamento de Arqueología de la Universidad tuvo que intervenir, con no demasiada fortuna, en el salvamento y documentación de los restos arqueológicos que iban apareciendo en diversos solares en construcción. Gran parte de la documentación obtenida quedó reflejada en la importante tesis Doctoral del Profesor Don José García Antón, todavía inédita (3). Aunque toda esta documentación,

(1) *Museo de la muralla árabe de Murcia*. Madrid, 1966.

(2) *El recinto urbano de Murcia Musulmana*. Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1964.

(3) *Las murallas medievales de Murcia*. Universidad de Murcia, marzo, 1982.

junto con la recuperada posteriormente a través de la labor realizada por el Instituto Municipal de Arqueología, será objeto del estudio completo que merece, he querido aprovechar esta oportunidad para dar a conocer una puerta del recinto que reviste particular interés.

En octubre de 1976, con motivo de los trabajos de cimentación de unas viviendas de la Diputación Provincial, en un amplio solar en el callejón de La Faz, junto a la calle del Pilar, aparecieron importantes restos arqueológicos, parte del recinto islámico que defendía el lado suroeste de la ciudad. Actualmente, con la construcción de las viviendas citadas, ha cambiado totalmente el antiguo trazado urbano de la zona que venía condicionado por las estructuras de la muralla: «El foso y cárcava seguía a lo largo de la calle Sagasta, hasta el comienzo de esta, y la muralla atravesaba, formando recodo, la manzana de casas existentes en la parte derecha de dicha calle, en donde queda una prueba patente de su paso por la forma que adopta el mayor de los adarves que nos quedan hoy día: la calle Faz, con su plazoleta central y tres desiguales brazos» (4). La plazoleta central correspondía precisamente al espacio libre que quedaba entre la puerta de codo de la antemuralla y la muralla y torre, y los dos tramos desiguales al espacio entre la muralla y antemuralla, siendo mas corto el del lado oeste por la presencia de la torre.

Los restos arqueológicos descubiertos corresponden a tres puntos del complejo defensivo: Un tramo de antemuralla que quiebra en ángulo recto en un lienzo en donde se abría primitivamente la puerta; la muralla muy mal documentada, y una esquina de una torre cuadrangular.

La antemuralla o barbacana. Entre los nombres con que se designa a la antemuralla en la documentación sucesiva sobre fortificaciones de la España musulmana (5), parece mas adecuado utilizar el de *barbacana* a los de *sitara* o *rebellín*, en base al texto de un privilegio de Alfonso X, fechado en 1266, en que disponía que los moros mudéjares de Murcia pasasen a habitar en la Arrixaca, haciendo «muro nuevo allende de la carcaba, que es entre la Almedina e la Arrijaca, e que cierrén luego todas las puertas que salen del muro de la la ciudad al Arrijaca e las de la barbacana a piedra cal, e a egual de la facera del muro, e que derriben todas las puentes de la carcaba que con entre la ciudad e la Arrijaca» (6). Aquí parece clara la denominación cárcava para el foso exterior, barbacana para el antemuro, bien diferenciado de la muralla de la ciudad, ambos con sus respectivas puertas, a pesar de que en algunos casos se utilizara el nombre de barbacana para designar el espacio entre muralla y antemuralla (7).

La antemuralla que estudiamos, conserva un tramo (muro I) de 32 m de longitud en dirección este oeste —de la Plaza de San Julián a la antigua calle de la Faz—. En él se abren ocho saeteras, pero después de la séptima saetera, a los 22,20 m, arranca de el otro muro (muro II) con el que forma ángulo de 108°, en dirección sur. En este muro II se abría una puerta de 3,80 m de ancho, entre jambas achaflanadas, que, posteriormente, fué cerrada y provista de una saetera, la n.º 9, que con otra abierta al sur de la puerta (n.º 12) flanqueaban la defensa de esta parte. Detrás del muro II, a

(4) TORRES FONTES, ob. cit., 1964, p. 18.

(5) L. TORRES BALBÁS. *Ciudades hispanomusulmanas*. Tomo II. *Las defensas urbanas*. Instituto Hispano-Árabe de Cultura, s. a., pp. 507 y ss.

(6) TORRES FONTES, ob. cit., 1964, p. 25. L. TORRES BALBAS, ob. cit., p. 519.

(7) TORRES FONTES, ob. cit., p. 25.

3,80 m., defendiendo la puerta, hay otro tramo de muro de 6 m. de longitud (muro III) que, arrancando del muro I corre paralelo al II, terminando en su extremo con remate achaflanado como los de la puerta; en él se abren dos saeteras (10 y 11), que con la n.º 8 del muro I, batían el franqueo de la puerta de la antemuralla por posibles asaltantes. Finalmente, el muro II continua, formando ángulo recto, en el denominado muro IV, en un tramo de 19,50 m en dirección oeste, para quebrar después en dirección noroeste en 6 m de longitud visibles. Este muro IV queda en gran parte embutido bajo la pared medianera de la casa situada al comienzo de la calle Sagasta, y en él se han podido documentar cinco saeteras mas.

En suma, la planta de la antemuralla presenta un paso acodado, de forma que los asaltantes que pudieran franquear la entrada, se encontraban batidos en su flanco derecho —el escudo les cubría el lado izquierdo— desde la saetera n.º 8 y de frente desde las saeteras 10 y 11. El porqué se cerró esta puerta en un momento dado, quedando inutilizado su sistema defensivo, es una cuestión difícil de determinar, pues en éste caso la mención del año 1266 no parece muy ajustada en relación con el nuevo muro de la Arrixaca, aunque si con la posible apertura de una puerta de comunicación de la ciudad a la altura de la calle del Pilar, comunicando con el nuevo barrio, contrariamente a lo que propone el documento alfonsino.

La antemuralla conserva una sólida estructura construida por el procedimiento de encofrado de cal y piedra, pudiéndose advertir claramente la posición de las hormas o tablas de la caja de encofrado por las hileras de mechinales u orificios de sujeción de las agujas que perforaban el muro y sujetaban las tabla y en algún caso la impronta de éstas. La separación de los mechinales da unas dimensiones constantes de 0,82-0,83 metros de altura por unos 0,65 m. de anchura, dimensiones que coinciden con las de la altura, 82 cms., documentada por M. Jorge Aragoneses en la puerta de Santa Eulalia (8), aproximadamente las dimensiones de una vara de 82 cms. de dos codos de 41 cms.

Torres Balbás (9) tras referirse a un texto de Ibn Jaldūn, en el que se indica que el tamaño de los tableros era variable, pero que en general tenían cuatro codos por dos, señala que las medidas más corrientes en las fortalezas hispano musulmanas son de 82 a 85 cms., con un codo de unos 42 cms. Así la tapia venía a tener 835 mm. y 9 décimas, equivalente a una vara. Una inscripción estudiada por Lévi Provençal, conmemora la construcción de una torre fuerte, *burj*, en la muralla de Murcia en la primera mitad del siglo XIII. Su altura sería de 25 *lawn*, palabra que designa el tablero para la construcción de la tapia actualmente en Marruecos (10). Según los módulos citados de la puerta de Santa Eulalia y de la que estudiamos, la altura de la torre alcanzaría de 20,50 a 20,75 m., que parece algo excesiva y realmente digna de conmemorarse en una inscripción.

En todo caso, el codo de 41-42 cms. se acerca más a la longitud real de esta dimensión y habrá que tenerla en cuenta en futuros estudios de arquitectura islámica de Murcia, con el correspondiente apoyo documental, pues puede servir de indicio cronológico para fechar una obra.

(8) M. JORGE ARAGONESES, ob. cit., p. 67 y nota 2.

(9) TORRES BALBAS, ob. cit., p. 560.

(10) TORRES BALBAS, ob. cit., p. 560. JORGE ARAGONESES, ob. cit., p. 67, nota 2.

Hemos visto que la antemuralla presenta saeteras, como es habitual en zona de puertas. En Murcia se ha podido documentar su presencia en la Puerta de Santa Eulalia y en un tramo de antemuralla aparecido en la calle Manresa próximo a donde estaría la *Bab al Jufía* o Puerta del Porcel posteriormente. En el solar de la calle Cánovas del Castillo 31-32, donde el tramo se conserva en el sótano del actual «Edificio Mural», próximo a la Puerta de Santa Eulalia, también se documentaron saeteras. Actualmente en la misma calle Cánovas del Castillo esquina Raimundo de los Reyes, en un solar en construcción, aparece la antemuralla con saeteras. Su estudio sería de gran interés en relación con la localización de la *Bab al Qibla* que quizás pudo estar en el entronque de las citadas calles, o sea de la prolongación de la calle Rambla con el val de la calle Cánovas del Castillo, conservándose la localización al mediodía de una antigua puerta situada algo más atrás en la primitiva cerca, que tendría el val en la actual calle de San Antonio.

En todo caso, la presencia de saeteras en los lienzos de barbacana son un indicio importante a tener en cuenta, junto con las antiguas vías de circulación y la documentación de archivo, para la localización de las puertas de la cerca, en muchos casos muy problemática.

Las saeteras determinadas en la Puerta que estudiamos son diecisiete. Nueve de ellas en el tramo de barbacana orientado a mediodía (muro I), dos en el lienzo que quiebra hacia el sur para formar la puerta (muro II, saeteras 9 y 12), otras dos en el muro que defiende la puerta desde el interior (muro III, saeteras 10 y 11), y las cinco restantes en el muro que queda bajo la medinera de la casa que da al comienzo de la calle Sagasta. Las saeteras se abren a través del antemuro que alcanza 1,70 m. de espesor y su luz en la abertura interior forma un trapecio de 1,20 m. en su lado superior por 0,80-0,90 en el inferior y 1 m. de altura. En el exterior, la aspillera forma un trapecio de 0,20 m. en la parte inferior y 0,60 en la superior, con 0,90 m. de altura. Estas dimensiones sólo se han podido tomar en las saeteras 1, 2 y 3 del muro I, que se conservaban casi completas. Las distancias que guardan las saeteras entre sí no son constantes. Por la cara exterior en el muro I, las saeteras 1 y 2 están separadas 2,80 m., la 2 y 3, 2,30; la 3 y 4, 3 m.; la 4 y 5, 3,20 m.; la 5 y 6, 2,75 m., y la 6 y 7, 3 m. En el muro II, donde primitivamente se abría una puerta de 3,80 m. de ancho, posteriormente se cerró esta «a cal y canto» por el mismo sistema de encofrado, abriéndose, como hemos visto, la saetera 9 al quedar inutilizada la puerta.

Otro dato interesante que documenta la antemuralla, son los remates achaflanados, en forma de cubos semicirculares, a ambos lados de la puerta y en la terminación del muro III. No es necesario indicar las dificultades técnicas que presentaban las formas circulares o semicirculares con el empleo del hormigón encofrado, más apto para formas rectilíneas y angulares. La torre semicircular es excepcional en España y en algunos casos aparece en fortificaciones nazaritas de piedra que imitan las cristianas. Su uso excepcional, aunque sea en remates como los que estudiamos podría indicar una cronología avanzada, a partir de mediados del siglo XII.

En la cara interior del muro I, se pudo estudiar la presencia de unos orificios circulares de 20 cms. de diámetro, que penetraban en el interior del muro con una inclinación descendente y bastante profunda como para servir de punto de sujeción, suficientemente seguro, para un poste de madera. Estas hoquedades aparecen distribuidas entre las saeteras y separadas entre sí a distancias bastante fijas, entre 3,15 y 3,30 m.

La interpretación que podría darse es que fueran punto de sujeción de una estructura o plataforma de madera levantada sobre las saeteras, para desde ella reforzar la acción defensiva de las mismas. Se trataría de un *cadahalso*, baluarte de madera o balcón volado sobre el alto de la antemuralla, que proporcionaba una mayor visibilidad de los atacantes y de sus posibles trabajos de zapa, y al mismo tiempo la posibilidad de utilizar piedras junto a todo tipo de armas arrojadizas (11).

La muralla. No pudo ser tan bien documentada como la antemuralla, debido a que su estudio, en éste como en otros muchos casos, estuvo supeditado a los trabajos de desfonde de la obra en construcción, que, a nuestra llegada, ya habían destruido una gran parte. Estaba separada de la barbacana a una distancia que oscila entre los 5 y 6,50 m. y su anchura debió de ser de unos 2,50 m., o sea unos 5 codos. La estructura interna que pudo estudiarse en un punto en que quedó cortada por la pala mecánica de desfonde, presentaba dos muros paralelos de unos 40-50 cms. de espesor, contruidos con argamasa de cal y piedra, y el interior relleno de tierra. Esta estructura, mucho más endeble que la de la antemuralla, hizo que fuera fácilmente destruida en los trabajos de desfonde.

Su longitud era de unos 32 m., desde el límite del solar a la torre, aunque no pudo verse el enlace con ésta. Es muy lamentable esta escasez de datos que no permite precisar si en este tramo de muralla hubo algún vano de entrada relacionable con la puerta acodada del antemuro, o más bien si la entrada que franqueara el muro de cierre estuvo al otro lado de la torre, donde desembocaría hacia la actual calle del Pilar, vieja arteria de comunicación en la parte suroeste de la ciudad, y a la que más tarde se abriría la puerta de Vidrieros. La identificación de esta puerta con la *Bab Xecura* parece bastante posible (12), aunque seguramente varió su ubicación. La primitiva puerta islámica pudo muy bien ser la que estudiamos, más próxima al río, y que, mediante el sistema de recodo daba acceso a la vía principal que debió ser la actual calle del Pilar. Posteriormente, quizás tras el cierre de la puerta que hemos documentado en la barbacana, pudo abrirse una más directa a poniente del recinto, hacia el val de la actual calle Sagasta, y que en época cristiana fue conocida como Puerta de Vidrieros.

La torre. Sólo pudo documentarse en un ángulo que quedó al descubierto en las citadas obras de desfonde, embutida en una vivienda en ruinas del extremo final de la calle Faz. Su estructura se apoyaba sobre un sólido basamento de hormigón que pudo documentarse en unos 0,80 m. de altura y que sobresalía unos 0,50 m. del arranque de la torre. Su estructura debió de ser maciza, aunque la parte alta había sido vaciada para el aprovechamiento de su interior como vivienda, circunstancia también documentada en la antigua casa del Obispo Trejo, frente a la iglesia de San Juan de Dios, que conservaba en su interior una torre donde se había practicado una habitación y que fue demolida a pesar de las gestiones y protestas del Departamento de Arqueología de la Universidad.

La parte inferior de la torre que estudiamos, fue vaciada por la pala excavadora casi en su totalidad, dejando al descubierto su masa interna. La estructura, asentada sobre el sólido basamento, estaba formada por un encofrado exterior de piedra, cal y tierra, que puede estimarse aproximadamente en un espesor de 0,80 a 1 m., y que deli-

(11) TORRES BALBÁS, ob. cit., p. 599.

(12) TORRES FONTES, p. 10.

mitaba el contorno de la torre, cuyo interior fue rellenado con la misma mezcla. A partir aproximadamente de los tres metros de alzado, la mezcla aparece más pobre en cal y piedras, es más ligera, por lo que fraguó en finas tongadas de cal y arena bien visibles al quedar cortada su estructura, cuya altura conservada sobre el basamento alcanzaba unos ocho metros.

La torre debió de tener planta cuadrangular o cuadrada, de unos 6 m. de lado, como torre de esquina donde quebraba la cerca hacia el norte, siendo diferente a las torres rectangulares que sobresalen del lienzo de la muralla de 2,20 a 3,20 m. con un frente exterior de 6,90 a 7,40 m., como en el caso de Santa Eulalia (13).

De nuevo aquí se plantea el problema de la función de esta torre. ¿Es una simple torre de esquina o estaba en relación con el acceso de la cerca interior? Es muy raro que no se haya documentado ninguna otra torre en un tramo de 32 m. de longitud, cuando sabemos que normalmente la muralla de Murcia estaba provista de torres rectangulares muy próximas unas de otras, unos 9,50 m. en el tramo de Santa Eulalia (14). Las dificultades expuestas para documentar estos pormenores, hacen que cualquier hipótesis sea difícil.

Las *puertas en recodo* han sido ampliamente estudiadas en la arquitectura militar islámica en la Península y fuera de ella, tratándose de buscar su origen que podría remontarse muy lejos, aspecto que no vamos a tratar ahora.

La *bāsūra* o paso acodado ha sido bien tratado por Torres Balbás, que sentó las bases de su evolución en Al-Andalus (15), desde las dos granadinas Puerta Nueva o de los Pesos y Puerta Monaita, correspondientes a la cerca del siglo XI, a las almorávides de Sevilla y Niebla de la primera mitad del siglo XII, a las almohades de la alcazaba de Badajoz de la segunda mitad del mismo siglo.

Sin embargo, la entrada acodada que estudiamos difiere de las mejor conocidas por su complejidad, ya que en ella se combina un sistema acodado con doble pasaje, primero en la barbacana y luego entre ésta y la cerca principal, obligando a un largo recorrido. Un sistema parecido ha sido señalado por Zozaya en el castillo de Fuengirola (16), cuya entrada compara precisamente con la murciana Puerta de Santa Eulalia y con construcciones almohades del norte de Africa.

En la Puerta de Santa Eulalia (17) la entrada se abre en una torre o saliente rectangular que sobresale del lienzo de la barbacana, defendida por saeteras. Tras la puerta hay otro tramo de barbacana con dos saeteras que baten la entrada y dos aberturas en los extremos que conducen a dos pasos de circulación entre la cerca y la barbacana, desviando la entrada a la cerca principal por un lugar no determinado. La reconstrucción posterior de la primitiva puerta, hace muy complejo su estudio, debido a las transformaciones que sufrió, pero las observaciones de su excavador (18) de que la entrada frontal de la muralla tenía su umbral a un nivel de sólo 2,10 m. respecto del pavimento actual, mientras que el primitivo nivel del suelo en el bastión de la barba-

(13) JORGE ARAGONESES, ob. cit., p. 63.

(14) JORGE ARAGONESES, ob. cit., p. 63.

(15) L. TORRES BALBÁS, «Puertas en recodo». *Al-Andalus*, vol. XXVI, 1960, pp. 419-441.

(16) J. ZOZAYA, «Islamic fortifications in Spain: Some aspects». *Papers in Iberian Archaeology*. BAR International, Series N.º 193, 1984, pp. 636-673.

(17) JORGE ARAGONESES, ob. cit.

(18) JORGE ARAGONESES, ob. cit., p. 68.

cana estaba a 3,70 m. de profundidad, hacen pensar que la puerta conservada de la muralla corresponde a la reconstrucción del siglo XV, cuando la entrada exterior se practica en el lado oeste de la torre, y por tanto el paso acodado se resuelve dentro de ella, como en los tipos más clásicos andaluces desde el siglo XI, con la puerta exterior en uno de los lados de la torre (19).

La puerta de la calle de la Faz ha conservado la entrada exterior de la barbacana que forma recodo precisamente por la presencia del muro II que defiende la puerta con sus saeteras, y obliga al giro a la izquierda igualmente peligroso para un ataque de caballería como de infantería. Pero una vez dentro, era necesario un nuevo giro, esta vez hacia la derecha, para alcanzar la muralla y su puerta, cuya ubicación no ha podido determinarse, y además hacer frente a la torre de esquina que avanzaba de forma sobresaliente.

Se trata sin duda de un sistema defensivo de primer orden, sumamente estudiado para garantizar su eficacia, reforzada con el sistema de saeteras e incluso de cadahalso en el muro I. No hace más que confirmar el ya estudiado en la Puerta de Santa Eulalia, donde, como aquí, puede advertirse la importancia de la barbacana como sistema defensivo de primera línea en todo el recinto, pero más concretamente en los accesos a la ciudad. No parece necesario señalar el interés que puede tener el estudio pormenorizado de la muralla de Murcia dentro de la arquitectura militar islámica, aunque por desgracia todavía hoy resulta muy problemático poder estudiar de forma científica los valiosos documentos arqueológicos que van quedando al descubierto en diversas obras de edificación del casco urbano.

La cronología de los restos estudiados puede aproximarse en función de los propios datos arqueológicos, de la evolución del recinto de Murcia, y de las circunstancias históricas de la ciudad que conocemos a través de los textos.

Hay determinados detalles técnicos, como el sistema de acceso acodado, la técnica de encofrado, los terminales achaflanados y el sistema de saeteras, así como la cronología de algunas cerámicas (20) —con todas las limitaciones que el carácter de su recogida supone—, que permite llevar su construcción y uso desde la segunda mitad del siglo XII a mediados del siglo XIII y su total amortización en el siglo XV, por el hallazgo de una moneda de cuatro maravedís de los Reyes Católicos dentro del relleno que cerraba la saetera 3.

El conjunto de la calle de la Faz forma parte de la segunda cerca islámica de Murcia, cuando el primitivo recinto se ensancha por su lado oriental, donde el posible val determinado por la calle Victorio pasa al del Cigarral, por el sur, de la calle San Antonio a la de Cánovas del Castillo, y por poniente, de la calle San Nicolás a la de Sagasta. Las necrópolis de Santa Eulalia y de la calle San Nicolás, primitivamente extramuros y próximas a una puerta, quedan así englobadas en el nuevo recinto.

Las excavaciones recientes en la calle San Nicolás (21) han permitido estudiar una zona de alfar vigente entre el siglo X y primera mitad del siglo XI, que posteriormen-

(19) TORRES BALBÁS, *Ciudades hispanomusulmanas*, cit.

(20) J. NAVARRO PALAZÓN, *La cerámica islámica en Murcia*, vol I. *Catálogo*. Murcia, 1986, n.º 458, 466, 480, 502, 563, 590, 592, 596, 603.

(21) J. NAVARRO PALAZÓN, «El cementerio islámico de San Nicolás de Murcia. Memoria Preliminar». *I Congreso Nacional de Arqueología Medieval*, Huesca, 1984 (en prensa).

te, quizás ya a partir del siglo XI, se empezó a utilizar como necrópolis extramuros del antiguo recinto, del que quedaba separado por el val o cárcava ocupado actualmente por la calle San Nicolás. Al construirse la nueva muralla, el cementerio quedó englobado dentro de ella, cerrándose con un muro y modificando el trazado urbanístico del lugar.

En cuanto a la cronología de esta muralla en la segunda mitad del siglo XII, ya fue señalada por M. Jorge Aragonese (22) coincidiendo, con el gran momento de la ciudad, tras el desmembramiento del imperio almorávide, cuando Ibn Mardaniš hizo de Murcia la capital del al-Andalus oriental (1147-1171), y uno de los baluartes en la lucha contra los almohades. La ciudad debió de prosperar y enriquecerse considerablemente, de lo que son buena prueba las abundantes emisiones monetarias de su ceca. Es lógico pensar que también experimentara un crecimiento demográfico y como consecuencia fuera necesario agrandar la cerca. La muralla debió de estar ya sólidamente construida hacia 1165, en que se produce el primer asedio de la ciudad de Murcia por los almohades. Ya antes, 1151-1152, la expedición almohade de Omar el de Hintata, había llegado hasta los Baños de Balcuera, a una jornada de Murcia. La toma de Granada y Almería por los almohades no hizo más que redoblar los esfuerzos del soberano murciano contra ellos, como es bien conocido. El segundo asedio almohade de Murcia se produce en los años 1170-1172 y la ciudad resistió hasta que, tras la muerte de Ibn Mardaniš, su hijo la entregó a los almohades seguramente en favorables condiciones, a juzgar por las relaciones familiares que a continuación se establecieron.

La segunda muralla islámica de Murcia, a la que pertenece la puerta que estudiamos, pudo muy bien ser obra de Ibn Mardaniš, del momento de máximo apogeo de la Murcia islámica. No sólo contribuyó a ello la personalidad del monarca, su política expansiva y de pactos con los reyes cristianos, sino también el hecho de que su ciudad fuera estratégicamente segura y suficientemente amplia para dar acogida a una población urbana sumamente activa, con un amplio desarrollo artesanal, culta, con un círculo de destacados intelectuales, y también, si era necesario, a la población rural más próxima que en ella buscaría protección en la insegura situación de la época.

(22) JORGE ARAGONESES, ob. cit., p. 75.

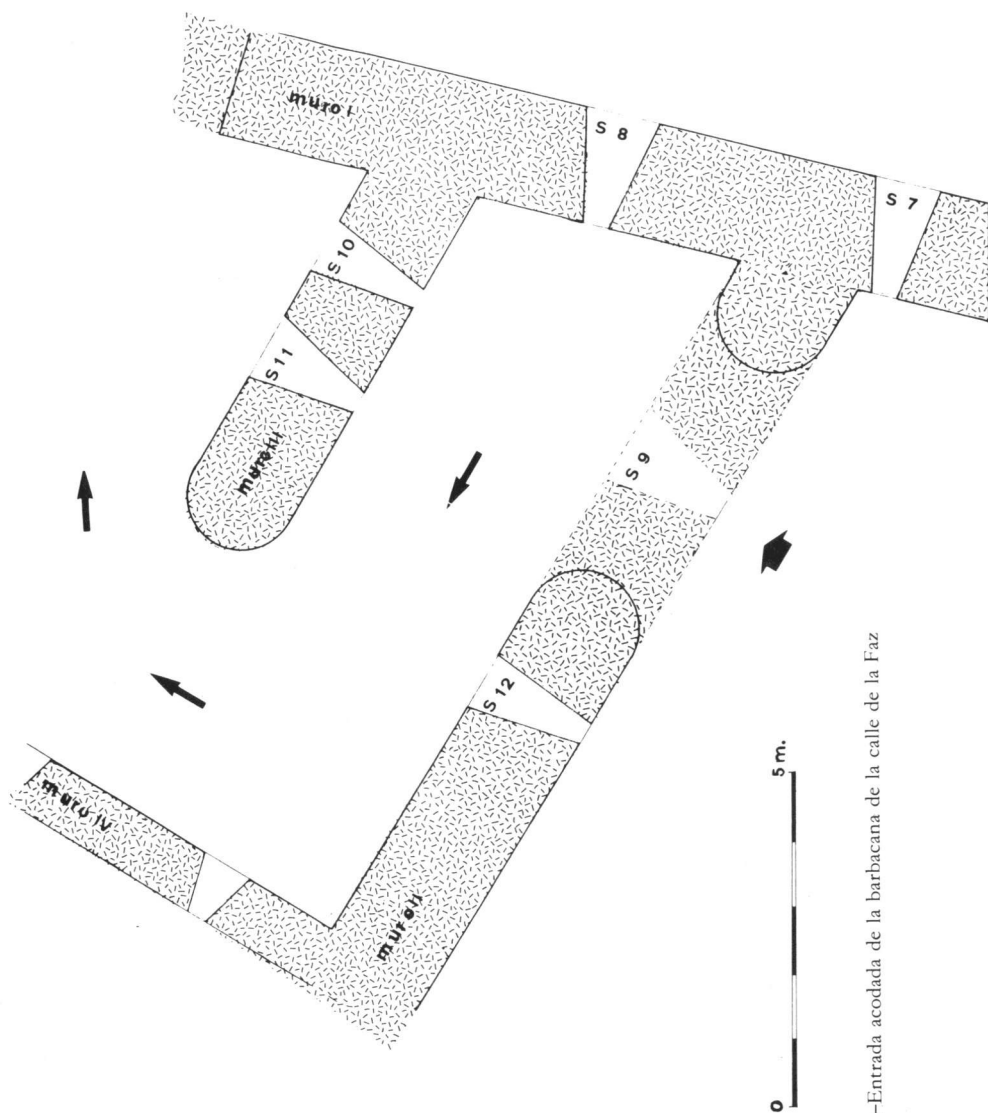


FIGURA 1.-Entrada acodada de la barbaca de la calle de la Faz

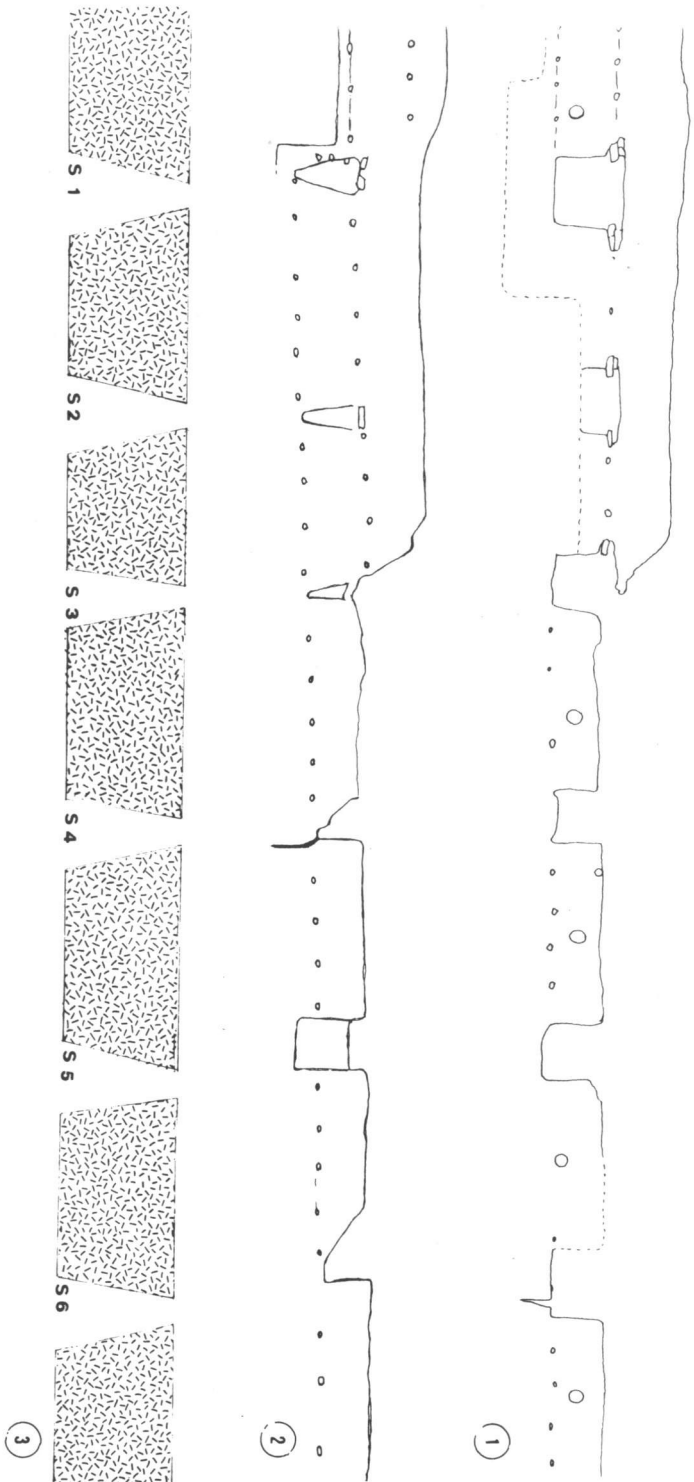


FIGURA 2.-Muro I de la barbacana de la calle de la Faz; (1) alzado interior; (2) alzado exterior; (3) planta.
 Pueden observarse los mechinales y en (1) los huecos de sujeción del cadañalso.



LÁMINA I.-1.) Conjunto de barbacoa, muralla y torre de la calle de la Faz. 2.) Detalle del acceso de la barbacoa.



LÁMINA II.-Alzado y planta de la torre de la calle de la Faz



LÁMINA III.-1.) Detalle de la saetera 8 y hueco de sujeción del cadahalso. 2). Detalle del remate achaflanado del muro III.